

# Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Director, **EDUARDO ZULETA**

Presidente de la Academia.

AÑO 2º

MEDELLÍN, OCTUBRE DE 1919

No. 18

## ELOGIO

de D. José Manuel Restrepo en la Academia Nacional de Historia.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Sorpresa grande fue para mí, por lo inesperada e inmerecida, la nota en que esta docta Corporación me comunica que me ha elegido para llevar la palabra en elogio del historiador Restrepo en esta sesión solemne.

Aficionado apenas a estudios históricos y elevado a la Presidencia de la Academia de Historia de Medellín, por benevolencia de mis colegas, he creído de mi deber aceptar con el debido agradecimiento la designación que ha tenido a bien hacerme la Academia Nacional de Historia, por el vivo entusiasmo que en mi espíritu han producido la vida y las obras de D. José Manuel Restrepo.

La primera vez que leí la Historia de Colombia por D. José Manuel, me quedé pasmado. Me quitó muchas ilusiones. Mi corazón de adolescente sufrió entonces, como sufre este pobre corazón humano con el primer desengaño.

Volví a leerla después de lecturas asiduas de historias de otros pueblos. He vuelto a quedar pasmado, pero pasmado de admiración por D. José Manuel Restrepo. El me ha explicado todo lo que pasa y todo lo que ha pasado aquí. Es un libro de maravillosas enseñan-

zas que rectifica el criterio del patriota ingenuo o de comparsa. No comprendo cómo este verdadero prócer pudo alcanzar tanta imparcialidad en ese tiempo sobre hombres que fueron sus amigos y compañeros. Es una labor admirable en donde se revela un espíritu superior y humanamente justo. Toda esa obra está respaldada con documentos auténticos y más de una vez lo probó así el Historiador. Y si tuviera un estilo más atractivo y hubiera penetrado más con el escalpelo de la crítica, se hubiera adelantado muchos años al mismo Hipólito Taine. ¿Cómo pudo aquel hombre en la época en que vivió y en medio de ocupaciones que embargaban la mayor parte de su tiempo disponible—revolucionario, Ministro, Diputado—recoger aquel número de datos dispersos, compararlos y seleccionarlos? ¿Cómo pudo alcanzar esa serenidad, esa sobriedad de concepto, en aquel período de hipérboles y de luchas surgidas entre los mismos caudillos que sin envainar la espada todavía, se disputaban ya el mando de la República?

Me figuro el dolor, la tristeza infinita con que aquel anciano venerable, patriota auténtico de ejemplar rectitud escribió las últimas líneas de su obra. Una nueva guerra civil comenzaba después, en la cual los próceres vencedores iban a fusilar a los próceres vencidos.

Restrepo ha dejado la base de la futura, de la explicativa historia que enseñe a los que vengan después de nosotros, la verdadera causa de las convulsiones políticas que impidieron el progreso y la sabia administración pública, cuando acumulados los datos, inéditos aún, y lejos ya de la pasión y del odio o del entusiasmo primitivo del sectario, surja el Historiador que estudiando como un naturalista el alma de los próceres dirigentes no se turbe en su estudio, «ni con las fórmulas que los consagren, ni con las pompas que los rodeen.»

Pero ¿en dónde nació y en donde se educó ese hombre singular, que en medio de las tempestades políticas más intensas de nuestra vida nacional, quedó viviendo en la Historia como astro sin eclipses y alumbrando con su ejemplo a las generaciones que le han seguido después de su muerte?

Hay en el territorio colombiano un pedazo de tierra abrupta, casi intransitable, con riscos y cascadas que de éstos se desprenden como blancas cintas irisadas por un sol tropical. Los altos peñascos, las cimas inaccesibles, las hondonadas pavorosas, los estrechos valles en

donde las colinas se apartan inconformes por no dejar de vivir en apretado abrazo; la selva oscura y gigante matizada a trechos por copos florecidos de guayacanes frondosos, la fauna todavía no descrita y sospechada apenas por el rastro de las fieras en el húmedo suelo; por el sinnúmero de serpientes que se arrastran, por los pájaros que cantan en los árboles, por los insectos que inoculan venenos de actividad tremenda. A esa tierra llegaron un día los célebres conquistadores que buscaban el oro de los indígenas, que mezclaron su sangre con quimbayas y peques; y luego llegaron los negros, los trasplantados, los pobres esclavos arrebatados de su patria, en donde daban el aceite los árboles, y las frutas la carne de que vivían. Vinieron todos a trabajar las minas de oro apenas desfloradas en las pequeñas mesetas de la cordillera con la dura macana que el indio manejaba. Vinieron los colonos de las provincias vascongadas en su mayor número; de Asturias y Galicia los otros y de Andalucía los menos. Los vascongados encontraron en esta nueva tierra algo muy semejante a la patria que dejaban atrás en su aspecto geográfico y dieron el sello a las costumbres que habían de perdurar a través de los siglos. El castellano o el vivo y retozón andaluz que por equivocación llegaba allí, o se amoldaba a los usos corrientes, o regresaba a lugares de naturaleza más alegre y hospitalaria. La lucha con los elementos era terrible. El medio abrumaba al holgazán; y el frío de los páramos y el calor de las cuencas por donde pasan los ríos caudalosos y la esterilidad del suelo y el subir y bajar a pie por la inclemente cordillera y la sobriedad y la oración, cuando el crepúsculo iba bajando de lo alto de los cielos y el esfuerzo diario y tenaz y el sol que tostaba los rostros y tonificaba los músculos, todo eso fue formando un pueblo fuerte, serio, adusto, rígido y piadoso: el pueblo antioqueño. De los andaluces dispersos que allí quedaron les viene a muchos el uso de la hipérbole, de esa hipérbole llevada hasta decir que los perros del Sr. X son tan bravos que hay que ponerles el nombre cuando están dormidos; del vasco, el amor a la libertad y el individualismo.

Quienquiera que haya viajado por las Provincias vascongadas habrá hecho la observación de cómo allá todos tienen su casa y su cortijo, su vaca y su huerta; y cómo hablan del árbol de Guernica como de una tradición sagrada; cómo en los testamentos no faltan las

cláusulas del consejo a los hijos y de los legados para la caridad y el culto, y cómo se encogen de hombros como el antioqueño ante una pregunta que no pueden o no quieren contestar. La afición a la política de cierta región de Antioquia viene de origen gallego y su lenguaje mismo se caracteriza por aquel cambio de las terminaciones en o por u. El asturiano y el vasco tienen muchas semejanzas: ambos enérgicos, mineros, cristianos a macha martillo y hombres sin disimulos y ajenos a toda clase de eufemismos y de frases opacas. El asturiano es robusto, indómito y regionalista como el vasco y habla de la sangrienta y espantosa batalla del monte Medulio y del gran Pelayo, con orgullo de raza.

Hay en el hermoso aunque angosto valle de Medellín un lugar en que las colinas se apartan. Ahí se encuentran Envigado, en donde Vélez de Rivero cultivó la caña de azúcar, y la histórica *Sabaneta* de los Restrepos, lugares famosos en los anales de Antioquia por los hombres notables que de allí salieron. Rincón de verdura perenne, regado por aguas como las de la Ayurá misteriosa y fecunda y de cerros coronados por altos y robustos robles. Aún se encuentran allí vástagos de los antiguos colonos de pie descalzo, de color blanco y de carácter franco, inclinados sobre la madre tierra en busca del honrado sustento. Allí nació D. José Manuel Restrepo en época de pocas letras y de rudo trabajo. En su hogar paterno de hidalgos y nobles colonos, aprendió lo que significan el esfuerzo propio, la sencillez de las costumbres, el amor a Dios y a la verdad. Era la edad apacible de los Tenientes del Rey y de los alcaldes ordinarios, de los ricos mineros y de los agricultores primitivos. Era como el recuerdo de aquella Asturias en la que sus antepasados supieron lo que era "caminar en la santa inocencia del corazón entre arboledas umbrías, bañarse en los arroyos cristalinos y hollar con los pies una alfombra siempre verde".

Esos vascos y asturianos de Antioquia, mezclados y propagados en familias numerosas, vivían al parecer felices, sin más luces que las de una tradición lejana y sin más esparcimientos que los de la jura de un nuevo Rey o las fiestas religiosas; sólo los enriquecidos, que eran pocos, apenas si se divertían en las primeras horas de la noche, rezado ya el rosario, en jugar a la ropilla o en bailes de sencillez decorosa en los que la mejor combinación de pasos y figuras era la contradanza española. Ni dejaban de solazarse los esclavos en los

pueblos mineros, en donde trabajaban a la par con sus amos, que siempre los trataron bien y con quienes siguieron viviendo después de la libertad, por la que abogaron desde los primeros años de la independencia, D. José Félix y D. José Manuel. En las tierras calientes y mineras, ellos cantaban los aires melancólicos y de infinita tristeza al son de la gaita; bailaban la cumbia, ese baile sensual y primitivo, y del que el tango argentino no es sino una pequeña variante de más complicado ritmo.

Aquellas mujeres limpias y sanas de la colonia; de movimientos sueltos, de vientres fecundos, sin ligas ni ataduras incómodas, oxigenadas por la montaña, y aludiendo siempre a que eran hijas del español Romero o nietas del Capitán Juan de Toro, eran santas mujeres honestas y piadosas que adoctrinaban los hijos para la diaria labor y para la fe, al mismo tiempo que ayudaban a los maridos a acrecentar y a conservar la hacienda habida a costa de sacrificios ingentes.

Incomunicados los antioqueños con el resto de la nación, vivían como apretados en fraternal abrazo a la tierra y a la casa solariega.

De aquí el lenguaje seco, casi monosilábico y dogmático, la interjección repetida y el áspero acento del montañés de entonces, que sólo al cabo de muchos años comenzó a suavizar la lira de Gutiérrez González. Por eso el estilo de D. José Manuel carece de las galas de la imaginación, y queda severo y frío como los escarpados riscos por donde pasan las águilas en vuelo silencioso y sereno.

Y de ese medio vino a la capital D. José Manuel Restrepo a estudiar latinidad, filosofía y derecho; y aquí entre costumbres distintas a las de su Provincia, no cambió el carácter heredado y aprendido. Acabados los estudios, volvió a su tierra como había salido de ella. Allá comenzó su vida de revolucionario; allá escribió su estudio sobre la Provincia; allá comenzó a escribir la historia de la Revolución; allá fue el Secretario y consejero de D. Juan del Corral, y allá gobernó en épocas difíciles con serenidad y acierto, y de allá fue enviado a los primeros Congresos de la República. Cuando los hombres del Gobierno, cuando los dirigentes de la política lo conocieron de cerca, le dieron los Ministerios importantes y le hicieron toda clase de distinciones. Cuando en su historia habla de Bolívar o de Santander, sus Jefes amigos, parece como si estuviera rindien-

do una declaración jurada ante el público. Su paso por los Ministerios dejó el recuerdo de la laboriosidad incansable y de la honradez y en su vida privada hay memoria todavía de su austeridad y de su espíritu piadoso. Era un hombre de aptitudes múltiples. Hombre de Gobierno, historiador insigne, naturalista y geógrafo. La agricultura le debe un servicio inmenso, y es raro que haya sido D. José Manuel quien introdujera a Colombia el pasto de pará, y que sean dos antioqueños también, Juan M<sup>o</sup> Gómez y Rafael Uribe Uribe, los introductores al país de la guinea el uno, y del capin gordura el otro.

Y perdonad este rasgo de regionalismo. Me viene de la sangre y de la convicción, porque lo heredo del vasco y porque creo que todo regionalismo sano, de amor a la patria chica y de acatamiento y respeto a tradiciones de antepasados, es noble y sirve de estímulo para el progresivo desarrollo y cultura de la región. Regionalismo estrecho, disgregador y que desconoce los méritos de otras Provincias, nó! Eso es de gente ensimismada y pequeña y mal puede existir en los que tienen inscritos en el libro de la Patria grande los nombres de Francisco Antonio Zea, Félix de Restrepo, Juan del Corral, Liborio Mejía, Girardot, Córdoba, Aranzazu y Alejandro Velez, José M. Salazar, Juan María Gómez y José Manuel Restrepo.

Las Provincias de Colombia tienen todas un sello propio y apreciable: en unas, la cultura y la gracia; en otras, el valor; en aquéllas la seriedad y el trabajo; en éstas el talento, en todas el patriotismo y la hospitalidad. Notas distintas, graves unas, agudas otras, pero todas forman el conjunto armonioso que es la patria grande. Explicaos así por qué el Cauca dio un Camilo Torres y un Caldas; Cundinamarca, un Nariño; Bolívar, un Torices, un Fernández Madrid; Santander, un García Rovira y al Vicepresidente que organizó la victoria; el Magdalena, a Padilla; Boyacá, a José Ignacio Márquez; el Tolima, a Caycedo Flórez y Antioquia, al historiador Restrepo.

Quandoquiera que un hijo de Provincia salva los linderos de la tierra por el empuje de su inteligencia y por la fuerza de sus virtudes, la patria grande le abre los brazos con amor y lo consagra entre los escogidos. La República, en estos días de recuerdos gloriosos y la Academia Nacional de Historia, consagran entre éstos

a José Manuel Restrepo y colocan en sus sienes el laurel que adornó la cabeza severa de Tácito.

EDUARDO ZULETA

## DATOS HISTORICOS

### IV

#### Enseñanza de Química.

El Dr. Juan de Dios Aranzazu—uno de los grandes Administradores que ha tenido Antioquia—era Gobernador en 1833. Estaba reunida la Cámara provincial, que presidía el General Juan María Gómez. Aranzazu envió a la Cámara un Mensaje admirable en el que solicita se ordene la creación de una Cátedra de Química y Mineralogía en el Colegio de la Provincia; y el 28 de Septiembre de 1833 se decreta la creación de dicha Cátedra. Cuatro años después vino a Medellín el Sr. Brugnelli, contratado por el Gobierno provincial para dictar la clase; pero como los fondos de Estado no bastaban para pagar los sueldos del Profesor, los vecinos pudientes de la ciudad contribuyeron, por suscripción voluntaria, con la suma de \$ 4,268 para ayudar a pagar el valor del sueldo que devengaba el Sr. Brugnelli.

En 1857 vino el químico español Flórez Domonte, y tuvo por discípulos a los Sres. Mario Escobar, Liborio Mejía Santamaría, Francisco de P. Muñoz, Ildelfonso Gutiérrez, Andrés Posada Arango y otros, que adquirieron grandes conocimientos en la materia.

El Presidente del Estado, D. Pedro Justo Berrío, envió un Mensaje a la Legislatura de Antioquia en 1869 en que recomienda que se decrete el establecimiento de una Cátedra de Química y Mineralogía en el Colegio del Estado. Poco tiempo después fue nombrado Profesor de esta materia el Sr. Pedro A. Herrán, quien había hecho estudios especiales en los Estados Unidos y en Europa. En Química y Mineralogía fue un Profesor muy competente.

De 1877 para acá han sido Profesores de Química en los establecimientos de educación secundaria y profe-